

# LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

## SUMARIO.

Una visita al Monte Calvario de Málaga, por J. de Carvajal-Hue.—La madre y el hijo, poesia de D. Carlos Frontaura.—La mano de nieve, novela, continuacion.—Balada. El alma de un ángel. Un mendigo, poesia por Ventura Ruiz Aguilera.—Dolores, poesias por F. H. de M.—Baile.—Epigrama, por D. J. S. Perez.—Liceo.—Galanteria que no lo parece.—El desafio.—Votos de gracia.—Soluciones á la charada del número anterior.—Charada.

### UNA VISITA

#### AL MONTE CALVARIO DE MÁLAGA.

*Elle était calme et triste á la chute du jour,  
L'église où nous entrâmes.*  
Hugo.—Les Chant du Crépuscule.

En una de las tardes de invierno que envidiarían á nuestro pequeño paraíso Nápoles y Madera, habia yo dejado atrás las últimas casas del pueblo, internándome en el camino pedregoso que, despues de servir de lecho á un torrente, rodea en espiral todo el cerro del Calvario, donde se conmemora el drama glorioso que tuvo lugar hace diez y nueve siglos en las afueras de Jerusalem. Me detuve ante una cruz blanca puesta encima de una peña, cuyos brazos estaban abiertos como los de un padre que llama desde lejos á su hijo, para estrecharle contra su pecho despues de una larga ausencia; y me regocijé al ver aquel antiguo amigo cuyo afecto no habian logrado borrar ni la distancia ni el tiempo. Continuando luego mi marcha, dejé á la izquierda las tapias ruinosas del convento de la Victoria, que entregaban á merced de las brisas juguetonas sus melenas de yerbas secas; y á medida que seguia adelante, nuevos recuerdos se agolpaban á mi memoria, impresiones desconocidas venian á inundar mi corazón, el cual daba tan dulces latidos como cuando siente el roce del escapulario que nuestras madres siempre nos cuelgan al nacer. Ya era la capillita agachada entre los nopales, parecida á una paloma que vá á tomar vuelo para remontarse á Dios; ya eran mas

cruces blancas, como la primera, que se asomaban por entre los riscos, enviándome un saludo de bienvenida; ya otras que salian enmedio del camino, tal vez para que yo les quitase el peso de las piedras que casi las cubrian. Escépticos, no os riais de esta piadosa costumbre: cada muger, cada viejo, cada niño, cada débil, cada ignorante—este será el mejor nombre, si quereis—que dobla su rodilla é inclina su frente al pié de una de esas cruces, deja en su pedestal ó en sus brazos un trozo de la frágil pizarra del terreno. Cuando el viento del mar derriba esas piedras y ruedan hasta la falda del monte sagrado, dicen que el eco del valle repite la oracion.

Habia llegado ya á la cumbre. Las puertas de la iglesia, colocada allí como un incensario que la tierra presenta al cielo para enviarle el perfume de la oracion y la penitencia, estaban abiertas de par en par. Dí un paso, y lo que yo entonces esperímenté, difícil es describirlo. No fueron las emociones del que al verse en una catedral magnífica, perdido entre los atléticos pilares que esparcen sus cien brazos por las bóvedas, tiembla y se inclina como el junco del arroyo enmedio de un bosque de gigantes cedros. No: en vez del sobrecogimiento del mortal, fué la confianza del cristiano; en vez de la admiracion fué el amor. Si algun artista sin fé hubiese penetrado en aquel sitio, una sonrisa irónica habria arrugado sus labios al ver aquellas esculturas y aquellos lienzos. Yo sentí desde luego el influjo del pequeño mundo que me rodeaba, adherido solo al mundo de los errores y de las pasiones por el lazo saludable de la Religion. Bendita seas, religion católica, que cuando el alma lucha y se atormenta, haces lo que la golondrina



al escuchar el trueno cercano: que se vuelve presurosa al nido de sus hijuelos y los cubre con sus alas! En vano tus enemigos se encarnizan contra tí. Para comprender lo que vales, basta haber sufrido. Tú puedes cuantas veces quieras aplastar la cabeza de la serpiente que silva; pero ¿qué le importa al pájaro que canta, el insecto que zumba?

La iglesia no estaba desierta. Un sacerdote de rodillas oraba en silencio; el ruido de mis pasos no le distrajo, y apenas le ví, me contuve sorprendido por escena tan tierna y tan sublime. Un confesonario de pino situado á la izquierda, atestigua que aquel hombre no vive allí en vano; al par que la humilde tarima gastada por las rodillas de los penitentes demuestra que es el amigo de todos los que sufren; el confidente de muchas miserias; el juez siempre cariñoso que con una palabra y una bendición borra toda clase de mancha de la frente del criminal contrito; el depósito que recibe en su seno la roja avenida del torrente y le desagua convertido en clarísimo riachuelo. Tal vez entonces presentaba al Señor, purificadas por los sollozos del arrepentimiento, las culpas de sus hermanos; tal vez decía misericordia y el cielo contestaba *perdon*.

No pude dominarme. Una lágrima cruzó lentamente mi mejilla, cayó, humedeció el pavimento, un rayo de sol se precipitó ansioso, la absorbió y la subió al cielo.

Volví á mirar alrededor mio. ¡Qué cuadro! qué cuadro presenta aquella mansion de recojimiento y de paz! No lejos del confesonario, hay una puerta que dá al campo, y mas allá un retablo que sostiene la efigie de Cristo en la columna. Otra figura del Salvador en talla y de medio cuerpo, ocupa la urnita de cedro colocada sobre una mesa de lo mismo, frente por frente de la puerta de la sacristia; y al lado de esta álzase otro retablo con una virgen del Cármén y un crucifijo al óleo.

En el testero, y entre dos grandes cuadros ennegrecidos por el tiempo y por el tufo de las luces que arden sin cesar delante de ellos, está el altar mayor, ofreciendo á la adoración del cristiano el cuerpo del Redentor en el sepulcro, y la imagen de Maria, cuyo pecho desgarró el agudo puñal de sus dolores. Las vestiduras son pobres y el tabernáculo está casi desnudo; pero sus antiguos dorados se rejuvenecen por las tardes al recibir la luz del sol que se despide. Cuatro candelabros pintados de negro y puestos simétricamente en el suelo, esperan con paciencia la llegada de la cuaresma para ostentar en todos sus viérnes, con orgullo, los cirios que no se sacan sino en aquellas festividades.

A mano derecha y junto á una de las fuentes de la ablución espiritual, está el arca de las ofrendas, cuya pequeña boca siempre entreabierta dirige al

corazon una súplica con lenguaje mudo, pero eloquente y dulce como la mirada de un niño mendigo. No permanecí sordo á su demanda. Entonces sus lábios me premiaron con una sonrisa, las luces del altar chisporrotearon, y parecióme que susurraban palabras de agradecimiento; el tomillo de los campos y las flores que alguna buena mujer habia consagrado á Maria, me enviaron sus mas gratos aromas; mientras que (esto no es ilusion) un perro en quien hasta entonces no habia hecho reparo, fiel y callado guardian del santuario que vigilaba desde un rincon oscuro, vino á besar mis manos, moviendo alborozado su cola y fijando en mí sus ojos inteligentes con una expresion intraducible de cariño y de simpatía. Ricos, pocas veces habrán tocados vuestros dedos esa arquilla modesta; sin embargo las lámparas del altar nunca se apagan, porque en punto á limosna, es fama en el Calvario que el ochavo del pobre cunde mas que el doblon del rico.

En el coro un piano silencioso envejece en la inaccion. Años atrás se cuenta que un músico afortunado le dió vida, y que al escucharle, el techo del templo se estremeció de gozo; pero desde entonces acá, nadie ha vuelto á agitar las teclas, y el pobre piano que esperó mucho tiempo, durmióse esperando. Al fin olvidado por todo el mundo, se ha olvidado tambien de sus virtudes y ya no suena. En su lugar, un bullicioso canario cuya jaula está colgada cerca del balconcito con celosías que hay á la derecha á manera de tribuna, se ha acostumbrado á vivir allí dentro, y entona suaves y religiosos cánticos, cada vez que al rayar la aurora se abren las puertas de la santa morada, y en la misa del Domingo á que acuden las gentes de las haciendas vecinas.

Dos ó tres bancos y algunas pinturas completan el modesto ajuar; pero en cambio, nunca la hipocresía ha pronunciado un rezo sacrilego en aquel asilo abierto siempre para el amor á un Dios que desprecia las galas del mundo y á quien el esplendor del vendaje no consigue ocultar la podredumbre de la llaga. ¡Qué el altar sea de mármol ó de cespéd, el traje de púrpura ó de lino, con tal que á la oración acompañe la sonrisa de la inocencia ó el lloro del arrepentimiento! El Dios que los pastores visitaron en el establo de Belén, es el mismo que recibe adoración en el Calvario. Encanta su pobreza: es el Dios del Gólgota. Salí, y me ofuscó la magnificencia: era el Dios del Sinaí.

El sol que corria á esconderse tras las montañas azules de la sierra de Mijas y dejaba flotar su túnica de gasa por la vega, ocultando las risueñas aldeas de Churriana y Torremolinos, doraba los torreones de Gibralfaro, haciendo tambien relucir las casitas blancas que dominaban las vecinas al-



turas y se destacaban en el cielo como las estrellas de plata en el manto azul de María. Otras mas tímidas se recataban entre dos montes contiguos, á semejanza de una niña ruborizada que esconde su rostro entre las rodillas de su madre.

Por cima de mi cabeza, las nubes jugueteaban corriendo las unas en pos de las otras; á mis pies, Málaga apiñaba sus millares de casas en torno de las iglesias, como se apiña un ejército numeroso alrededor de sus banderas, y enfrente, el mar que no se diferenciaba del cielo, parecía un pliegue de este echado en hombros de la tierra.

A la vista de tanta grandeza, quedé anonado y fui á sentarme, no en los poyos que hay á ambos lados de la pared, sino en el que separa la pequeña plataforma donde está fabricada la capilla, de las vertientes del cerro. Un espectáculo nuevo y que contrastaba singularmente con el anterior, dió reposo á mis ojos deslumbrados.

Apoyándose en el costado derecho de la iglesia, está la casa del Capellan, cuya puerta insegura es una prueba del respeto que merece y de la escasez que allí reina. Un palomar corona esta humilde habitacion, y un ciprés joven saca la cabeza por las tapias del patinillo para ver en el compás de la Victoria á sus abuelos, aquellos cipreses de tronco desnudo que agitan su copa verdinegra como un penacho viejo que el tiempo ha despojado, respetando solo las plumas de lo alto.

Tres posturas recientes de olivo y algunas macetas con laureolas llenan casi todo el espacio que media entre la casita, y el asiento que yo ocupaba. Junto á mí, un gato rubio, acurrucado é inmóvil como una pequeña esfinge, se calentaba indolentemente, aprovechando los últimos destellos del sol moribundo; soberano en aquellas cuatro varas de terreno, se desentendía con majestad de mi presencia, mientras que unas cuantas gallinas picoteaban por todas partes y llevaban su familiaridad hasta el punto de encaramarse en el escalon de piedra que hay que subir para entrar en el templo. Embargado me tenía la contemplacion de estas puerilidades, cuando resonó en mis oídos el toque de oraciones que el viento del anochecer subía en sus alas, confundido con la música que en hora tan misteriosa forman las voces de los cavadores, volviendo de su labor, el canto de la doncella, los pasos del transeunte y el murmullo de las fuentes que tambien rezan.

La campana del Calvario contribuyó al himno de la noche, alzando su voz argentina: ya era tarde. Hice un esfuerzo, y resguardándome del fresco y de la humedad, bajé con paso presuroso hasta pisar de nuevo las calles de Málaga.

J. DE CARVAJAL-HUE.

## LA MADRE Y EL HIJO.

A MI ESTIMADO AMIGO

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

### I.

A la puerta de la Inclusa  
y al compás de una guitarra  
con mas grasa que el aceite  
y mas piezas que una causa,  
guitarra, que por prudencia  
secretos muy hondos calla,  
testigo de mas *belenes*  
que Santa Cruz por la Pascua,  
una vieja muy devota  
de los devotos que pagan,  
con una voz que es mas vieja  
que la vieja que la gasta,  
entre ajusticiar las pulgas  
y rascarse las espaldas,  
canta estas coplas *alegres*,  
que el corazon me desgarran;

«Almas caritativas,  
oid mi canto,  
y por amor del Cielo  
dadme un ochavo.

Ved que me mata  
pasar eternos dias  
bebiendo lágrimas.

Si me dais lo que quiero  
Dios os bendiga,  
y escuchad como canto  
mi triste vida.

Venid, muchachas,  
que aun no habeis tenido  
hambre ni canas.

¡ Mis padres se amarian  
como dos locos!....

¡ Yo nací de mis padres!....





¡No los conozco!....  
Me alzó del suelo  
la Caridad que al mundo  
bajó del cielo.

La infancia en este asilo  
pasé riendo;  
la vejez á su puerta  
paso muriendo.

¡Dentro mi cuna!....  
aquí fuera quería  
cavar mi tumba.

¡Yo salí de esta casa  
llena de vida!....  
Salí... pero ignorando  
por donde iría.

Sin rumbo fijo,  
me perdí muchas veces  
en el camino.

La soledad horrible  
me causa espanto.....  
Hubo alguno que quiso,  
darme sus brazos.

Pero quería  
que yo dijese un nombre  
que no tenía.

Sin nombre, sin fortuna,  
seguí la senda,  
que al abismo conduce  
de la miseria.

¡Y en este asilo  
me parece que debo  
tener un hijo!....

Almas caritativas,  
mirad mi llanto,  
y por el amor del Cielo  
dadme un ochavo!...

¡Ved que me mata  
pasar eternos días  
bebiendo lágrimas!

## II.

Calló la vieja, y un niño;  
saliendo de aquella casa,  
con lágrimas en los ojos  
le puso un pan en la falda.

Alzó los suyos la vieja;  
comió de aquel pan con ansia,  
y viendo partir al niño  
sintió rompersele el alma.

¡A la puerta de la Inclusa,  
ya la mendiga no canta!....  
Y busca á su madre el niño.....  
y la busca... y no la halla!...

CÁRLOS FRONTAURA.

Madrid.

## LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

Aquella vacía redundancia de sonidos respondía demasiado bien á los vagos sentimientos de mi ánimo; aquella forma melodiosa era, permitásemela la expresión, el sombrero para acabar de vestir aquellas ideas fantásticas que carecían de cuerpo.

También quise yo hacer baladas y llegué á componer muy largos trozos de ellas.

Cada vez conozco mas que mi padre tenía mucha razón cuando me decía:

—Tú eres un estúpido.

La locura de hacer versos, me acarreó otra. La de la gloria.

Esta, sin embargo, no era una idea nueva.

Niño aun, había brillado en mi alma, hallándome en la suntuosa fiesta que en el colegio hacían los Jesuitas para celebrar á nuestro protector san Luis Gonzaga.

Al hacer sus primeros ensayos mi facultad imaginativa, se me presentó la figura de aquel joven santificado con la gloriosa aureola del paraíso circundando su frente.



¡Oh! ¡Si yo pudiera llegar á ser santo!

Después, bajo otra forma, la gloria se me había presentado asomando su cabeza por las negras cornizas de los cuadros que adornaban nuestro comedor y me hablaba con el estampido del cañón, con la escitacion de la lucha, con la satisfaccion de la victoria, en las estampas que representaban las gigantes batallas napoleónicas.

¡Cuan estupefacto me quedaba mirando á aquella orgullosa que colocada en la parte superior del cuadro ceñida por infinitos rayos, como una estrella aparecía, cual una cifra fatal.

Finalmente, había venido á parar mi deseo en el de la gloria poética.

Llegar á ser santo, conquistador ó poeta; entre estos tres partidos yo debía elegir uno para toda la vida.

Pensaba hacerme misionero; ir á la China para convertir infieles y hacerme martirizar.

Pensaba sentar plaza de tambor en algun regimiento, para comer el pan de munición y hacerme héroe.

Pensaba remitir á un periodico mis primeras poesías líricas, y si no las publicaban suicidarme.

Desgraciadamente la atmosfera que me rodeaba era en todo contrario á la poesia.

Mi padre era vendedor de *objetos de malla de lana*. Cubría el abdomen y vendía la salud con sus franelas á medio Turin.

Nada veía mas allá de su tienda y de su comercio.

¿Existía alguna cosa en el mundo á mas de esto? — Lo ignoraba y, lo que es mas, no lo quería saber.

Comprar, vender y ganar era toda su ciencia — humana y social.

Que la casa estuviese en orden, la comida á su tiempo, la carne bien cocida y su ropa blanca repasada, limpia y bien planchada, y ahorrar alguna cosa al fin del año era el todo de su vida doméstica, toda su felicidad familiar.

Y de esto era la encargada una muger de gobierno, la señora Juana, gruesa, charlatana como una revendedora, maligna como un demonio, fastidiosa como la lluvia, y entremetida como todas las mugeres juntas.

Mi madre... había tenido la desgracia de perderla desde muy niño.

No conocía mas que á Juana que había hecho siempre de ama tiranizando á todo el mundo incluso á mi padre que, por su fortuna, pasaba la mayor parte del tiempo en la tienda.

Todas las debilidades de mi padre las había adoptado ella exagerándolas desmesuradamente.

Por consecuencia si á mi padre le gustaba el orden y la exactitud y ella estaba en el arreglo de la casa y en la distribucion del tiempo, se veía en todo la avaricia y la ridiculez; él era parsimonioso, ella era en extremo tacaña; tanto que nos media el pan á la criada y á mi,

nos regañaba por que bebiásemos demasiado vino en la comida, cuando apenas nos lo dejaba oler, y el aceite que echaba en las luces era tan escaso que estas estaban de continuo espirando.

Pero lo que mas daño me causaba era lo excesivamente prosáico de todos los objetos que me rodeaban, pues hacía un tristísimo contraste con las corrientes poéticas que mi juventud recibía del cielo y de la naturaleza.

No sabría repetir la clase y la fuerza de mi sufrimiento en ciertas escenas vulgarísimas en las que el principal argumento de discusion era el pábilo consumido de una vela, un plato que se acababa de romper, una rueda del salchichon robada por el gato, ó cosas por el estilo.

Si pudiese describir lo que entonces experimentaba, haría reír al que lee, y tal vez reíría yo mismo, pero en aquellos momentos sufría realmente, siendo para mí un tormento aquellas trivialidades que surgían por todas partes y amenazaban sofocar mis ideas poéticas.

Y á todo esto me hallaba solo, abandonado, sin tener á quien comunicar mis ideas.

Ellos se consultaban así propios y se encerraban en melancólico misticismo.

A casa no venían mas que un mercader de gorros de algodón, que hablaba de política, y un escribiente del ministerio que solo refería obstinadamente sus profundas observaciones en el barómetro. Mi padre sentado entre los dos escuchaba con admiración á ambos mirando ya al uno ya al otro, bostezando á escondidas y fijándose á veces en mí que sentado en un ángulo de la habitación miraba á los tres con ojos desencajados y cara de imbécil.

He aquí un ejemplo de sus conversaciones:

—¿Qué hay de nuevo?— preguntaba mi padre.

—En la Cámara de los lores, en Inglaterra, hay gran discusion—respondía el mercader de gorros de dormir.

—¡Ah si?—decía mi padre, á quien nada le importaba.

—El barómetro ha bajado hoy media linea—decía el escribiente del ministerio.

—¡Ah si?—repetía mi padre.

—Es á causa de cierto *bill*: repetía el gorrero.

—Oh, oh!—esclamaba mi padre.

—Lo que quiere decir que el tiempo va á cambiar,—observaba el empleado.

—Ah, ah!—decía mi padre.

—Sabeis lo que es un *bill*?—interrogaba el vendedor de gorros de lana.

Mi padre miraba una despues de otra todas las flores del tapete de la mesa, tosía, se sonaba, escupía, y acababa por responder:

—Francamente que nó: ¿y V.?

—Tampoco yo—decía con toda ingenuidad el gorrero—he podido descubrir jamás qué género sea ese.

Y, ved, amigo Dalbene—replicaba el escri-



biente - hace muchos dias que baja de continuo.

—¿Quién?

—El barómetro: tenemos el agua encima, tal vez mañana, á menos que no cambie el viento.

—Ya! - concluía filosóficamente mi padre. Entonces llegaba Juana la cual con gesto ágrío y con marcada inquietud, paseaba su gruesa humanidad de una habitación á otra.

—¿No veis? ¿no veis? exclamaba - ¿dónde tiene la cabeza el señor Dalbene? No vé que el quinqué tiene demasiada luz y se consume do ble aceite.

Y al instante achica la luz de tal modo que la habitacion queda como habitacion de buhos.

Ahora pensad si con todo esto podia yo dar rienda suelta á mis inspiraciones poéticas.

Mas, por fortuna, hé aquí que nace en mi existencia la flor benéfica de un primer amor.

(Continuará)

## BALADA.

EL ALMA DE UN ÁNGEL.

## UN MENDIGO.

—Ayer vine á tu puerta,  
lleno de angustia,  
cuando del mar brotaba  
triste la luna;  
muy triste, niña,  
como el llanto que hoy rueda  
por mis mejillas.

Soy anciano y soy pobre...

¡no llamé en vano!

en tí hallaban consuelo  
pobres y ancianos.

Volví á mi choza...

mi llanto era de gozo,  
la luna hermosa!

Hoy á tu puerta vine...

mas del abismo

de ese mar turbulento

sale un gemido.

Al mar me arrojo,

el alma desgarrada,

confuso y loco.

—

Bregando con las olas

quiero encontrarte,

y el cielo, de colores

iluminándose,

rasga sus nubes

y recibe á una sombra

que del mar sube.»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Madrid.

## DOLORES,

Negros son tus cabellos  
cual mis dolores,  
bellas son tus mejillas  
cual frescas flores.  
Puro tu aliento  
cual el amor, Dolores.  
que por tí siento.

—

Rasgados son tus ojos  
y son tan bellos  
que dejas al que miras  
cautivo en ellos.  
Negros, Dolores,  
son tambien cual tus ojos  
mis sinsabores.

—

Tu talle es tan flecsible  
cual lo es la palma,  
retratada en tus ojos  
tienes el alma.



Tu éburneo cuello  
resalta con las trenzas  
de tu cabello.

Negros son los adornos  
que entre tus rizos  
luces, y ellos aumentan  
mas tus hechizos.  
¿ Por qué Dolores  
llevas siempre el mas triste  
de los colores ?

Pura es tu tersa frente,  
tus labios rojos,  
y en estos tienes redes  
Como en tus ojos....  
Mas te confieso  
que en tus redes con gusto  
quedára preso.

Cerca de tí, Dolores,  
el amor mio  
crece, como la planta  
con el rocío.  
Lejos, Dolores  
este amor se marchita.....  
como las flores!...

F. H. DE M.

Málaga.—1862.

## BAILE.

Se nos dice que el dado por la señora doña Maria Loring de Delius ha estado tan concurrido como animado, que habiendo empezado antes de las nueve terminó despues de lastres, que la franqueza reinó durante toda la noche y que nuestras bellas damas lucieron sus lindos y animados rostros y ostentaron elegantes vestidos del mayor gusto y sencillez. Nosotros no podiamos esperar menos del Sr. Delius y Sra. que tan agradablemente saben aunar en sus recibimientos la etiqueta y la confianza.

## EPÍGRAMA.

Dejó Juan tuerta á su Inés  
con un palo, en un acceso  
de furia; fué el pobre preso,  
y le pidió prueba el juez.  
Cogió el palo y dijo: — «Es cierto  
que le hice así con enojo.»  
Y Juan fué y le apuntó á un ojo  
al juez y lo dejó tuerto.

J. S. PEREZ.

Cádiz.

## LICEO.

Mucho se habla ya de bailes de máscaras y el Liceo nos ha anunciado nada menos que ocho.

En cuanto á la sesion próxima parece que será el 25 del corriente y se compondrá del proverbio en un acto *El comer y el rascar todo es empezar*, un aria coreada, la zarzuelita *Los dos ciegos* y baile de sociedad.

Veremos si para esta sesion se anuncian los bailes como hemos indicado.

## GALANTERIA QUE NO LO PARECE.

Fontenelle decía de la Fontaine:

—Este hombre sabe tan poco, que ignora que vale mas que Phedro y Esopo.

¿ Quién lectores, podría incomodarse con la primera frase del párrafo anterior leyendo la segunda?

## EL DESAFIO.

Siempre que á oídos de LA CARIDAD llega la



narracion de un hecho noble no puede menos de referirlo. Hoy sabe que habiendo sido retado cierto oficial superior por un jóven de buena sociedad, sin mas motivos que los de una apariencia, contestó dicho oficial á la carta provocadora en los siguientes términos:

«Ningun desafio debe tener lugar mas que con armas iguales y mediando iguales circunstancias en los desafiados. En cuanto á las armas nada hay que decir, en cuanto á las circunstancias estamos muy distantes.

»Yo tengo muger y cinco hijos; todos comen y visten únicamente con mi sueldo.

»Por lo tanto, para llevar á efecto nuestro desafio es preciso una condicion y es, que si yo sucumbo mi adversario pagará á mi familia durante su vida tanto como yo podria darle con mi sueldo.

»Si acepta de este modo, márqueme dia, indíqueme sitio y cítame hora».

Esta carta dió lugar á serias, reflexiones por parte del provocador, reflexiones que terminaron por decidirle á ir en busca del oficial; pocos momentos despues abrazaba el jóven como amigo al que antes habia tratado como adversario.

## VOTOS DE GRACIA.

Si el exeso de la galanteria es una falta no hay duda que *El Imparcial* nos ha faltado una y mil veces, siendo su última falta la apologia que hace de nuestro sencillo pero exato almanaque sinóptico anunciándolo además sin haber querido percibir por ello lo mas mínimo.

Debemos tambien otro voto de gracia al ilustrado diario *El Correo de Andalucia* que tampoco ha permitido recibir dinero alguno como pago de la dicha insercion, contribuyendo ambos de este modo al fin de nuestro propósito.

## Soluciones á la charada inserta en el número anterior.

Enferma, una vez, Marcela,  
Y aburrida con su mal,  
Determinó ver que tal  
Le iba en CASARABONELA.

LOLA.

MÁLAGA.

## OTRA.

Cuando un médico no puede  
Curar una enfermedad,  
Bien sea por ignorancia,  
Ó bien sea porque el mal  
Es incurable, al paciente  
Al punto manda mudar  
De agua y aires, y asegura  
Que solo así encontrará  
Remedio al padecimiento:  
El infeliz, claro está,  
Oye con la boca abierta  
La profecía doctoral,  
Y pronto, como una bola,  
(Bala, digo, que es igual,)  
Hace el petate ligero,  
Rabo entre piernas se vá,  
Y sin tener por albergue,  
Casa, sala, ni desvan,  
Allá en CASARABONELA  
Con su cuerpo viene á dar;  
Y si cura, buen provecho;  
Y si no, descance en paz.

ENRIQUE GOMEZ DE CÁDIZ.

Málaga.

## CHARADA.

Mi primera y mi tercera  
es lo que hace el que declina  
de un lugar mas elevado  
en que antes existia.  
Segunda y tercera es verbo  
que al que habla mucho se aplica.  
Tercera y segunda es planta  
de flores grandes y lindas.  
Segunda y primera es cebo  
que se tragan las sardinas.  
Mi todo, al revés, es pueblo  
de Aragon con sano clima;  
y al derecho, cierta cosa  
de todos bien conocida,  
que ha dado á algunos riqueza,  
y ha sido de otros ruina.

Cádiz.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,  
Calle de Cinteria, núm. 3.